

## Sobre la socialdemocracia en Europa

*En el presente número de Cuenta y Razón ofrecemos, tomados de la revista inglesa Encounter, dos textos significativos acerca de la socialdemocracia. El primero, de carácter teórico, procede de la pluma de uno de los principales pensadores sobre el marxismo en la actualidad, el antiguo disidente polaco, hoy emigrado de su país, Leszek Kolakowski. Su planteamiento teórico se completa con el juicio de David Gress sobre una experiencia concreta de la socialdemocracia en los países nórdicos. Con su publicación en español pretendemos ampliar el conocimiento de estas contribuciones a un debate ideológico presente en todo el mundo, y cuyo resultado final está, por supuesto, todavía por definir.*

I T.

### ¿QUE VIVE AUN (Y QUE HA MUERTO) DE LA IDEA SOCIALDEMOCRATA?

LESZEK KOLAKOWSKI

Decir que en todo el mundo la socialdemocracia no es simplemente un *lobby* político que expresa las aspiraciones y el descontento de los trabajadores, de los débiles y los oprimidos, sino también una idea para una mejor comunidad humana, no es ni polémico ni muy esclarecedor. El problema de la idea socialdemócrata es que no almacena ni vende ninguno de los sensacionales bienes ideológicos que los movimientos totalitarios —comunistas, fascistas o izquierdistas— ofrecen a una juventud sedienta de sueños.

No ofrece una solución definitiva al infortunio humano, no tiene receta para la salvación total de la humanidad, no puede prometer la pirotecnia de la revolución final que resuelva definitivamente todo conflicto y toda lucha, no ha inventado

milagrosos artificios para lograr la unión perfecta de los hombres o la fraternidad universal, no cree en una victoria última y fácil sobre el mal, no es amena; es difícil y poco gratificadora y no sufre de una ceguera autoinfligida.

Exige un compromiso con una serie de valores fundamentales —libertad, igualdad de oportunidades, una economía de orientación humana y públicamente controlada— y requiere conocimientos sólidos y cálculo racional, los cuales se precisan para ser conscientes e investigar tan profundamente como nos sea posible las condiciones históricas y económicas en que dichos valores han de cumplirse. Tiene un obstinado empeño en erosionar pulgada a pulgada aquellas condiciones que producen sufrimiento, opresión, hambre, güe-

rras, odios raciales y nacionales, avaricia insaciable y envidia revanchista y que son evitables. Y, sin embargo, conoce los estrechos límites en que se libra esta lucha, límites impuestos por el entramado de la existencia humana, por innumerables accidentes históricos y por fuerzas varias que han formado a lo largo de los siglos las actuales instituciones sociales<sup>1</sup>.

La idea socialdemócrata admite la ineludible verdad de que muchos de los valores que venera se limitan entre sí y pueden realizarse sólo mediante compromisos, con frecuencia dolorosos y delicados.

La totalidad de las instituciones de bienestar público y seguridad social, de los órganos de planificación económica, de los instrumentos sociales para una utilización más racional de la tierra y los recursos naturales, para evitar el desperdicio y la contaminación, pueden construirse sólo a cambio de una burocracia estatal cada vez mayor y de la imposición de restricciones a la autonomía de unidades menores económicas y regionales. Nadie sabe cómo evitar este coste, pero el grito que se levanta contra el gran gobierno en todo el mundo democrático nos demuestra que el precio es gravoso. Y, sin embargo, la socialdemocracia está dispuesta a defender ambas ideas —planificación y autonomía— y ello es acertado; es acertado mientras recuerde siempre que estos dos principios son opuestos entre sí y no existe una sociedad concebible donde puedan cumplirse plenamente. Por consiguiente, no debe prometer medidas que supuestamente logren al unísono la eficacia de una gran centralización y la libertad de la descentralización.

Parecidos choques son evidentemente inevitables en la mayoría de los valores que estimamos.

Por mucho que pueda consternarnos la vista de los desastres naturales producidos por el hombre, y que hacen peligrar tanto el futuro de la humanidad como la existencia de pájaros, peces y árboles, no debemos olvidar que las consignas ecológicas por sí solas, aisladas de la complejidad de la vida moderna, no pueden

<sup>1</sup> Véase mi ensayo en *Encounter* (julio 1974) «¿Puede el diablo salvarse?».

contribuir más a unas propuestas racionales de organización económica y reforma política que la idea del desarrollo económico como fin exclusivo. La ausencia total de contaminación es evidentemente imposible sin la completa destrucción de la civilización y con ella de la gran mayoría de la raza humana, dado que su supervivencia depende en gran medida de la industria. La contaminación es una cuestión de cálculo racional de riesgos, de beneficios y de pérdidas. Sí estamos de acuerdo en que hemos de ocuparnos en primer lugar de la supervivencia del hombre y en segundo de la ballena, esta ideología adoradora de la naturaleza es incapaz de hacer frente al reto de la economía moderna. Por otra parte, los *slogans* ecologistas pueden ser, y en efecto son, explotados para manipular a la gente con distintos fines políticos, que sólo tienen relación de modo marginal con el bienestar de las mariposas, no digamos de las personas.

Entre los valores que se incluyen en la idea socialdemócrata, incluso el de gobierno de la mayoría, no puede aceptarse como principio absoluto. Ha de restringirlo el principio de los derechos inalienables del individuo, que no pueden ser abolidos por ningún veredicto mayoritario. El concepto de democracia no sería sino una parodia de sí mismo si implicara que todo lo que sancione la mayoría es aceptable; como, pongamos por caso, que un 51 por 100 de la población actúa democráticamente si decide masacrar al restante 49 por 100. Si aceptáramos el principio de gobierno incondicional de la mayoría como señal suficiente de democracia, el régimen de Hitler en Alemania, que gozó durante un cierto período de tiempo del apoyo de la mayoría, aparecería como democracia modélica, así como todas las dictaduras populistas o cuasi populistas, que pretendieron en su momento representar a la mayoría para pasar a representarla de modo axiomático e indefinido, puesto que sus detractores fueron exterminados o silenciados.

Debemos admitir que el principio de la mayoría tiene que estar restringido por el principio de los derechos individuales, que no pueden ser violados por mayoría alguna y que el concepto de los derechos

humanos es válido con independencia de decretos mayoritarios.

El valor de la libertad debe constituir el alma de la idea socialdemócrata simplemente porque sin él todos los demás valores son vacíos e ineficaces.

Para decirlo de otro modo: la socialdemocracia defiende la libertad tanto porque es en sí misma un valor, el más preciado tesoro de la vida, como por ser la condición bajo la cual florecen la mayor parte de las cosas que aquélla defiende. No tiene sentido hablar de igualdad cuando se carece de libertad, pues uno de los más importantes bienes del mundo actual es el libre acceso a la información y la participación en el poder, negados ambos a la mayoría en sistemas despóticos, totalitarios o no.

Es, por consiguiente, totalmente absurdo decir, por ejemplo, que en Cuba o China «la gente goza de menos libertad, pero de mayor igualdad»; no hay tal igualdad, aparte completamente de la distribución de los bienes públicos y el acceso a los escasos bienes materiales. Y, afortunadamente para nosotros, las libertades civiles constituyen la condición necesaria para la eficacia productiva; la esclavitud es económicamente *eficaz* solamente en las primeras etapas de desarrollo técnico, y la esclavitud política representa un enorme obstáculo a la productividad.

Es una verdad de sentido común, abundantemente demostrada por los estados comunistas, que un sistema político que opere con barreras de información que forman parte de su estructura, agobiado por un secretismo obsesivo, que emplea el criterio de servilismo político para el ascenso en sus cuadros directivos y que no ha de "responder a las necesidades y deseos de la población si no es bajo la amenaza de revueltas desesperadas, está destinado a una enfermedad crónica en términos de la producción de riqueza. Habiendo concentrado un enorme poder carente de responsabilidad —una acumulación de poder que excede todo lo conocido en la historia—, la clase dirigente, en virtud de su propia posición, genera un permanente mal uso y un gigantesco desperdicio, y los intentos de establecer un sistema de planificación en que quede

todo comprendido terminan fatalmente en el caos general.

La clase obrera, adulada en *slogans* y silenciada por la maquinaria policial, no tiene ni poder, ni razón moral o económica para asistir a la doliente economía; así como los poderes político y económico de la clase explotadora comunista se sostienen mutuamente, así ocurre también con la esclavización política y económica de la sociedad trabajadora. Las ventajas económicas de que goza esta sociedad consisten en su capacidad para mantener sus fracasos, o algunos de ellos, en secreto, elaborando falsas estadísticas o prescindiendo de ellas.

La mendacidad no es un defecto accidental en el cuerpo del comunismo: es la condición absoluta para su salud, su vida, más aún que en las tiranías no totalitarias. He aquí un régimen que está supuestamente gobernado por una ideología, de la que deriva también su legitimidad, con pretensiones universales y una «meta final»; así, pues, todos los aspectos de la vida y todo suceso pasado o presente deben presentarse como elementos en la marcha triunfal hacia esta meta. Un sistema que no quiere dejar fuera de su control ningún área de la existencia humana, incluida la memoria humana, se ve obligado a aplicar la gigantesca maquinaria de la mentira a toda forma de expresión y a dar nombres mendaces a todo lo que produce..

No obstante, si es cierto que entre los valores de la socialdemocracia la libertad es condición para todos los demás, es equívoco aplicar el nombre de «libertad» a cualquier cosa que la gente precise o reclame.

El ámbito de la libertad se define como una zona en la cual los individuos puedan tomar decisiones como deseen, sin trabas legales, y a pesar de que es, en efecto, evidente que la libertad de decisión no tiene ninguna utilidad para aquellos cuyas opciones están de cualquier modo determinadas por la carencia de poder material, no ha de confundirse el grado de poder con el alcance de la libertad. La libertad está negativamente relacionada con la ley, no positivamente con el poder. Para aquellos que no pueden permitirse viajar, la libertad de los viajes internacio-

nales no parece tener mayor sentido, sin lugar a dudas; pero la capacidad material para viajar, por importante que pueda ser, no se deriva de la libertad. Existen muchas exigencias justificables que no se derivan de la libertad y no se debe pretender lo contrario. Por muy conscientes que seamos de los desastres sociales causados por el paro a gran escala —desperdicio económico, criminalidad, sufrimiento humano—, el tener empleo es una condición que permite a la gente utilizar su libertad en varios modos: no es en sí mismo una libertad. No existe el desempleo en los campos de concentración, pero no por ello se convierten los campos de concentración en morada de la libertad; la abolición obligatoria del paro mediante el trabajo forzado puede difícilmente ser aclamada como un paso gigantesco en la lucha por la libertad. En suma, existen muchas exigencias muy justificadas que no debemos confundir entre sí, dado que esta clase de confusión deliberada es uno de los instrumentos ideológicos con que se glorifican la opresión y la violencia. Otro caso de confusión conceptual sobre el cual no sea quizá necesario detenerse, puesto que ha sido repetidamente criticado recientemente, es la distinción izquierda-derecha<sup>2</sup>.

Es cierto que hoy día es difícil encontrar quien defienda explícitamente la antigua fórmula estalinista según la cual la medida del izquierdismo está en la actitud hacia la Unión Soviética. A pesar de ello, se utilizan todavía ampliamente estas etiquetas sin que nadie nos proporcione criterios inteligibles para su definición; y estas etiquetas conllevan la noción de que la totalidad del mundo de las ideas, movimientos y regímenes políticos, forman un espectro continuo en el cual puede localizarse cualquier unidad según la cantidad de componentes «izquierdistas» o «derechistas» que contenga. Diversos Estados y movimientos políticos son cuasi automáticamente denominados de

---

<sup>2</sup> Véase mi artículo «Cómo ser conservador-liberal-socialista», en *Encounter* (octubre 1978), y también el *Simposium* en *Encounter* (febrero-marzo 1977) sobre «¿Quiénes son las izquierdas, qué es la derecha?».

«izquierdas» (o «marxistas») si reciben armas soviéticas; a otros se les cuelga la etiqueta de «derechistas» cuando quieren sacudirse el yugo extranjero, si se da el caso que este yugo sea por ventura soviético. Fácilmente se aprecia la persistencia de absurdos clichés en la jerga periodística de todo el mundo.

De aquí que a la pregunta: «¿Tú al lado de quién estás, de la izquierda o de la derecha?» haya de responderse con otra pregunta: «¿Qué quieres decir al preguntarme si estoy al lado de la izquierda? ¿Lo que preguntas es si estoy al lado de los guardianes del Gulag y los invasores de Checoslovaquia? ¿Si estoy de parte de los policías que hace dos años torturaron salvajemente a cientos de obreros polacos y unos años antes mataron a un número aún desconocido de trabajadores portuarios en los muelles polacos como cruel revancha por su protesta contra su creciente pobreza? ¿O me preguntas si estoy del lado de aquellos terroristas alemanes que, en un avión secuestrado, designaron para su asesinato a todos los pasajeros de nombre judío? ¿O al lado de los «liberadores» camboyanos que consiguieron hacer de todo el país un campo de concentración después de asesinar a todos los sospechosos de saber leer y escribir?»

La respuesta no puede ser sino una: «Claro que no, no estoy en el mismo lado, y me importa poco que me llamen o no de izquierdas si ello significa el aplaudir o excusar la violencia, la opresión, la tortura, la explotación y las invasiones, con la única condición de que verdugos y explotadores obtengan armas de fuentes antinorteamericanas, siendo éste el criterio ideológico implícito.»

La conclusión es sencilla: o bien la distinción ha perdido todo sentido reconocible, o ha de ser totalmente redefinida y aplicada solamente a movimientos y posturas dentro del segmento democrático del espectro político, con la exclusión inequívoca de movimientos terroristas, ideologías totalitarias, regímenes policíacos y militares, sea cual sea el nombre que éstos se den.

No existe una tortura reaccionaria y una tortura progresista, campos de trabajo de izquierdas o de derechas, censura para

la opresión y censura para la liberación. Es éste el motivo de que los movimientos antitotalitarios no violentos de los países bajo dominación soviética rebasen las categorías de derecha-izquierda. Sus aspiraciones se basan en la idea de los derechos humanos, la cual no es posible definir en términos extraídos de esta anacrónica distinción.

Esto nos lleva a la cuestión, con frecuencia debatida, del doble criterio al juzgar los regímenes políticos.

No se trata de plantear quiméricas aspiraciones y pedir que no se apliquen criterios políticos a acciones políticas. Lo que puede exigirse, sin embargo, es que no se disfrace a los criterios políticos con ropas de normas morales. Aquellos que se autodefinen dentro de la llamada tradición de izquierdas son, en términos generales, más culpables de recurrir a dobles raseros, no porque sean naturalmente inmorales, sino porque sus reflejos socialmente heredados les hacen más hipócritas, porque han empleado siempre un lenguaje moralista, mientras que en muchos países el *establishment* conservador ha pretendido en mucho menor medida estar guiado por ideales morales y ha aceptado más abiertamente su interés por cuestiones de *Realpolitik*, *raison d'état* y comerciales.

No se puede acusar a los gobiernos que mantienen relaciones comerciales tanto con Chile como con la Unión Soviética de mantener un doble criterio. Los moralistas de izquierdas que se manifiestan ante las embajadas de África del Sur e Irán y parecen convencidos de que Viet Nam y Albania rebosan de virtud democrática son los que parecen grotescos. Por muy evidente que sea la posición de los que exhiben su indignación moral según sus lealtades políticas, lo cierto es, por otra parte, que nuestro interés por la conducta interna de los regímenes de diversos países está generalmente también impulsado por otras consideraciones.

La crónica reciente de varias dictaduras militares de América Latina ha sido posiblemente peor que la de los Estados comunistas europeos en puntos tan esenciales como la escala de torturas y asesinatos de iniciativa gubernamental. En términos de derechos humanos, la valora-

ción es suficientemente clara. Sin embargo, una diferencia no despreciable entre Uruguay y la Unión Soviética es que el régimen uruguayo, por muy abominable que sea, no presenta una amenaza de expansión mundial apoyado por una poderosa maquinaria militar.

Admitimos —y lo creo elemento tradicional del talante socialdemócrata— que ningún país del mundo puede sostener que su régimen político, por opresivo que éste sea, está protegido de la mirada exterior. No, tenemos tanto el derecho como el deber de no dejar hacer a los opresores bajo la pretensión de un principio de no interferencia. Esta disposición a portarnos como inoportunos entrometidos ha de aplicarse por igual, desde luego. Pero en el caso del sistema soviético, tenemos motivos adicionales para este descortés comportamiento. A diferencia del caso de Uruguay, África del Sur o, para el caso, Albania y Camboya, el régimen soviético está manifiestamente vinculado al hambre nunca satisfecho de un Estado imperialista, de nuevas zonas de dominio. Es claramente esencial mantener a la propia población en la ignorancia, el temor y el aislamiento si es que se la quiere utilizar como herramienta inerte e inerte para fines imperialistas: si, pongamos por caso, se necesitan soldados que, como ocurrió con Checoslovaquia hace diez años, o bien no sabían en qué país estaban o creían que habían sido enviados a Checoslovaquia porque había pedido ayuda ante una inminente invasión de «fascistas alemanes». En el mundo actual, el régimen interno soviético es probablemente el factor más poderoso, con posibilidades de precipitar una guerra global (lo cual no significa que sea ésta la verdadera intención de sus dirigentes).

Es por esto por lo que nosotros, gentes de las llanuras algo exóticas de Europa central y oriental, creemos, en efecto, que al desenmascarar y oponernos al despotismo soviético defendemos no solamente los intereses regionales de tierras incorporadas por la fuerza a un imperio depredador como resultado de los acuerdos de Yalta, sino también un orden mundial mejor y más seguro. Los europeos del Este saben bien que Occidente, o Norteamérica solo, no disponen de un ingenio

milagroso para forzar a cambiar a los regímenes opresores y para invertir de inmediato la situación de países que fueron despojados de su independencia nacional e instituciones democráticas. Lo que esperamos de Norteamérica no son milagros, sino una idea estratégica consistente. «Idea estratégica» que en modo alguno implica planificación bélica. Significa una política a largo plazo que busque un orden global sin el riesgo de guerra global, y ello efectivamente supone el desgaste del expansionismo de máxima agresividad, fomentando por todos los medios no violentos la diversidad y la variedad en las dependencias soviéticas, facilitando el acceso a la verdad de las gentes que fueron forzadas a una esclavitud espiritual. No a pesar de, sino porque, la cuestión de cómo evitar el peligro de guerra global y cómo concebir un plan viable de desarme debe tener prioridad incondicional es de importancia primordial que los países democráticos ejerzan una presión pacífica, pero incesante para promover la desintegración gradual, no explosiva, de los regímenes totalitarios.

El que tantas cuestiones locales adquieran de modo casi automático un significado global es algo que no podemos eludir, y Norteamérica es claramente incapaz de desentenderse de la responsabilidad de un orden mundial en cuya formación ha colaborado durante décadas. La tendencia a la evasión se expresa en ocasiones en *slogans* como «la lucha por la democracia empieza en casa». Este tipo de *slogans* serían adecuados en la medida en que expresarían simplemente la regla trivial de que los asuntos de política exterior no pueden utilizarse como pretexto para preterir o desatender un orden doméstico justo y democrático. Recordemos, no obstante, que en la Segunda Guerra Mundial se lanzó este mismo *slogan* para explicar el porqué de que los Estados Unidos no debieran entrar en la guerra. En este período, dicho *slogan* significaba: que Hitler se trague a toda Europa, el nazismo y Europa no son asunto nuestro. Y no importa lo que hay detrás de estos *slogans*: la permanente y en apariencia incurable miopía de las grandes finanzas o las trasnochadas inhibiciones izquierdistas de los *lobbies* liberales. Decir que, dado que nos-

otros no somos santos, debemos olvidar la opresión en otros lugares supone tanto como decir que se olvide la opresión. Bien, pues si la socialdemocracia tiene algún sentido, él es precisamente no olvidarlo<sup>3</sup>.

Yo me encuentro entre aquellos que no ven motivo alguno para dar crédito a los profetas que anuncian la decadencia de la civilización occidental, la ruina de las instituciones democráticas y el retorno victorioso de la barbarie, pero que *sí* creen que la recesión que nos amenaza es más espiritual que económica. En otras palabras: que las raíces de la alteración en las sociedades abiertas y opulentas están en nuestras cabezas más que en el precio del petróleo. La degradación de envergadura mundial de los sistemas educativos y la inseguridad con respecto a su función es un síntoma particularmente manifiesto de este trastorno. Pueden explicarse ciertos aspectos de esta confusión por nuestra incapacidad para adaptarnos a cambios que son de otro modo evidentemente positivos: el pasmoso aumento del conocimiento y la rápida expansión de la enseñanza. Sin embargo, hay motivos para sospechar que las implicaciones son mucho más amplias: una falta de confianza de las generaciones más maduras en los criterios intelectuales y morales heredados y, en consecuencia, la pérdida de una voluntad firme para transmitir estos criterios a nuestros sucesores.

Podría parecer impertinente el que alguien como yo, que soy sólo un observador casual y superficial del escenario occidental, haga comentarios sobre este tema, pero se aprecian tendencias similares, más o menos adelantadas, en muchas zonas muy desarrolladas del mundo. Cuando, por primera vez, tuve la oportunidad de permanecer durante una larga estancia en los Estados Unidos a fines de los años sesenta, lo que me sorprendió en la entonces frecuente polémica sobre el papel social de la escuela es que nada parecía seguro, salvo una cosa: aparentemente de lo que *no* se trata es de que ésta propor-

<sup>3</sup> He tratado otros aspectos de esto en mi respuesta a E. P. Thompson. «Mis opiniones correctas sobre todo», en *Encounter* (junio 1975).

cione a los alumnos conocimientos y técnicas intelectuales. Incidentalmente, este absurdo desprecio por los conocimientos y las destrezas lógicas —por todo lo que puede adquirirse sólo mediante el trabajo prolongado y disciplinado y que no puede convertirse en diversión— solía llamarse de forma bastante grotesca «liberalismo», como si consistiera el liberalismo en una ignorancia autosatisfecha o como si específicamente reflejara la ideología de los niños mimados de las clases altas. Es consolador, no obstante, el que actualmente se oigan cada vez más voces de personas que han llegado a la conclusión de que la anticuada teoría de que «la tarea de las escuelas es enseñar» no era después de todo completamente absurda.

Pero las raíces son aún más hondas.

Hay un acuerdo aparente en que el proceso de automutilación espiritual de la juventud, del cual fuimos testigos a fines de los años sesenta, no ha terminado, aun cuando sus formas hayan cambiado, y que fue resultado del colapso del sistema de valores que los jóvenes habían heredado de nosotros. No puede hallarse satisfacción en que subsecuentemente esta quiebra encontrara válvulas de escape pueriles, absurdas o en ocasiones bárbaras, o en que se expresara políticamente en el patético brebaje de la *New Left* (nueva izquierda) que no disponía ni de soluciones ni de alternativas que ofrecer. Bajo el desecho ideológico había verdadera desesperación. Las drogas, el falso misticismo y los sueños revolucionarios eran las tres principales pseudocuras de una enfermedad auténtica que no puede descartarse simplemente señalando la ineficacia de los medicamentos. Eran éstos tres modos de evadirse de un mundo en el que los jóvenes no creían ya tener sitio.

Desde luego que ningún movimiento político puede pretender haber encontrado una terapia adecuada para el vacío moral. No se puede imponer a la gente ideales o espejismos artificialmente fraguados. En última instancia, las nuevas generaciones han de buscar por sí mismas los medios para redescubrir las formas de vida que le otorgan sentido. Los movimientos políticos, exceptuando los totalitarios, no pueden en todo caso proporcionar soluciones a las preocupaciones metafísicas y re-

ligiosas; no deben intentar expandir sus ideas hasta formar una especie de total visión del mundo con un catecismo a la medida. Pero no deben, sin embargo, eludir la cuestión: dónde falló y dónde falla el conjunto de valores con el cual nos educamos, por qué tantas personas no han hallado en estos valores aliento para la vida, lo cual significa: ¿por qué no están dispuestas a morir por ellos?

Quizá la respuesta no esté fuera de nuestro alcance si estamos dispuestos a enfrentarnos a todos los aspectos de la cuestión. Puede resultar que después de todo, la mayor parte de nuestros valores no estén ni muertos ni anticuados, aun cuando probablemente estaban muy mal ordenados; y que existan posibilidades viables aparte de la retirada del mundo, dejar que duerma la razón o hundirnos en la desesperación (tres aspectos de cada una de las tres falsas curas que acabo de mencionar).

Debemos admitir que no disponemos de recetas para un mundo perfecto, no poseemos el secreto de la felicidad ni la clave para el misterio del universo, pero quizá podamos ofrecer casas más modestas, metas más modestas, que den sentido a la vida. En el mundo tal como es, lleno de miseria, de hambre y de opresión, una cosa al menos parece clara: que ni los artificios técnicos por sí solos ni las medidas políticas por sí solas bastan para originar la esperanza de un orden más pacífico y más equitativo. Se necesita algo más que no puede ser un derivado del progreso institucional y técnico: la reorientación de las actitudes valorativas tanto individuales como colectivas.

Es esto, sin duda, una generalidad que no encierra todavía propuestas bien definidas y factibles. Pero esta generalidad sirve para presentar un reto permanente a la socialdemocracia si quiere mantenerse a la altura de su mejor tradición y su nombre mismo.

Ante la perspectiva de sucesos que tanto estremecen al mundo, como la revolución de Irán y la sacudida de Polonia, es adecuada una observación final.

Todos los sucesos políticos importantes de los tres años pasados deben, en mi opinión, considerarse como síntomas es-

pectaculares de una progresiva confusión e inseguridad ideológicas en todos los segmentos del espectro político occidental, lleven el nombre de «derecha» o «izquierda». No se ve un esquema discernible expresado en cambios electorales. En años recientes hemos presenciado la victoria de los *Tories* en Gran Bretaña, la del presidente Reagan en Estados Unidos, la victoria del socialismo en Francia (en gran medida a causa del declinar comunista) y ahora en Grecia, las pérdidas de los socialistas en Noruega y Berlín Occidental y la violenta división del Partido Laborista británico. ¿Se mueve el mundo «hacia la izquierda» o «hacia la derecha»? La pregunta, repito, ha perdido todo significado reconocible. (El Sha de Persia era un «derechista» terrible, por lo que, presumiblemente, los mullahs representan la «izquierda» ilustrada, etc.). Todas las ideologías políticas tradicionales están afectadas por una enfermedad grave, quizá mortal; todas se han hecho cada vez más nebulosas, cada vez menos relevantes a las cuestiones apremiantes de nuestro tiempo. Las antiguas identidades políticas (ser comunista, socialista, liberal, anarquista, conservador) se definen todavía con una serie de frases que, sin embargo, se desintegran bajo una inspección más próxima, careciendo de todo sentido o siendo demostrablemente contraproducentes.

La idea socialista tradicional se encuentra claramente entre las víctimas de la general impotencia ideológica. En el momento en que intentamos forzar a sus partidarios a que expliquen su contenido en términos generales y no en términos específicos de conflictos internacionales de actualidad, invariablemente resulta que todo se reduce al mismo medicamento universal para toda clase de dificultades humanas: el estado ha de nacionalizarlo todo. No niegan, si se insiste suficientemente, que el medicamento se ha aplicado, en efecto, repetidamente y —por motivos evidentes— ha resultado en todas partes sin excepción en un despotismo totalitario; pero continúan prometiéndonos que a *ellos* les irá mejor debido a sus alardeadas credenciales democráticas. Es cierto que prefieren hablar con mayor frecuencia de «justicia social», pero ¿dónde se puede encontrar hoy un movimiento,

ideología, partido o dirigente políticos que se opongan a la «justicia social»?

Con respecto a la idea socialdemócrata, observamos una curiosa historia del mundo. Hubo un tiempo en que no existía una distinción clara entre socialistas y socialdemócratas. El partido de Lenin llevaba el nombre de «socialdemócrata» anteriormente a la revolución rusa, y en Polonia, esta misma etiqueta había sido adoptada por el brote radical del movimiento socialista, la «Socialdemocracia del Reino Polaco y de Lituania», antecedente directo del Partido Comunista. Tras la Primera Guerra Mundial, y en realidad hasta recientemente, tanto «socialistas» como «socialdemócratas» —en la medida en que la distinción tenía sentido— se definían claramente en oposición al totalitarismo comunista, insistiendo en su compromiso tanto con la defensa de las instituciones democráticas como de la tradición cultural europea, amenazada por la expansión del soviétismo. Esto ha cambiado. Ello puede comprobarse vivamente en la política de la Internacional Socialista, que, en años recientes, ha centrado sus esfuerzos en apoyar cualquier cosa que fuera «antinorteamericana» (o anti-Israel), mientras evitaba cuidadosamente todo movimiento que pudiera provocar el desagrado de los dirigentes del imperio soviético. El antiamericanismo ha ido progresivamente convirtiéndose en el distintivo ideológico de la Internacional. Ocasionalmente, los delegados de los partidos gobernantes de países comunistas (donde se destruyó a los movimientos socialistas mediante la violencia policial) son recibidos como «hermanos» y algunas veces incluso como «camaradas» en congresos socialistas. De aquí que la antigua distinción entre «socialistas» y «socialdemócratas» empezara a reestablecerse.

La socialdemocracia, repito, no pretende tener «la solución» a todos los problemas humanos o ser el feliz vehículo de una ideología que abarque y explique todo; no es un «programa» universal aplicable a todas partes del mundo. Es una actitud ante las cuestiones sociales que, en mi opinión, está limitada por unas pocas reglas muy generales (tanto positivas como negativas):

- 1) Compromiso inequívoco con los va-

lores democráticos de una sociedad abierta y constitucional.

2) Compromiso inequívoco con el estado del bienestar, es decir, la aceptación de un sistema de aseguramiento públicamente controlado que abarque las necesidades de todos.

3) Una clara admisión de que tanto las soluciones radicalmente liberales como las totalitarias son peores que las enfermedades que pretenden curar.

4) El compromiso con la promoción de la idea de igualdad de oportunidades mediante el esfuerzo educativo, pero no mediante el aumento de restricciones policiales y el dominio burocrático.

5) El compromiso con la causa de los «débiles», de los viejos y los enfermos,

de los pobres y los oprimidos, y no con la causa de los posibles autócratas que no procuran sino subvertir el orden establecido para hacerse con un poder despótico.

La distinción entre socialdemocracia y todos aquellos que se autodefinen como militantes de una izquierda socialista debe ser clara.

Nada de todo esto significa que la idea socialdemócrata en sí no esté plagada de ambigüedades y que las soluciones que ofrece con cierta confianza autocrítica no sean en sí mismas problemáticas. Pero carece de dogma y no ofrece un milenio. Es sencillamente el modo político más inocuo pergeñado hasta el momento para tratar las explosivas cuestiones de un mundo peligroso y en peligro.

Leszek Kolako'wski fue, hasta su expulsión de Polonia en 1968, catedrático de Historia de la Filosofía en la Universidad de Varsovia. Es *Senior Fellow* de All Souls College, Oxford, y ha sido profesor visitante en las universidades de Montreal, Yale y California, Berkeley; se encuentra actualmente en la Universidad de Chicago como miembro del Comité de Pensamiento Social. Sus principales publicaciones incluyen *Chrétien sans Eglise*, los tres volúmenes de *Main Currents of Marxism, Marxism and Beyond* y *The Devil and Scripture*. Entre sus recientes contribuciones a *Encounter* se encuentran «The Devil in History» (una conversación con George Urban, enero 1981), «How to be a Conservative-Liberal-Socialist» (octubre 1978), «The Euro-Communist Schism» (agosto 1977), «My Correct Views on Everything: a Reply to E. P. Thompson» (junio 1975).

El artículo del profesor Kolakowski es una adaptación de una conferencia pronunciada en Nueva York ante una convención de socialdemócratas.

## ESPERANDO A PORUÑERAS

DAVID GRESS

### Ascenso y caída de la «vía media» de Escandinavia

A mediados del siglo xix, un famoso sacerdote danés, educador y folklorista, la pintoresca figura de Copenhague N. F. S. Gundtvig proclamaba en una de sus muchas canciones la sociedad ideal: una en la que «pocos tienen demasiado y menos aún demasiado poco...». Aquellas palabras se grabaron en el espíritu danés y se convirtieron en una especie de lema del movimiento socialdemócrata cuando surgió éste, unos treinta o cuarenta años más tarde. Actualmente se ha logrado el objetivo, y, sin embargo, es evidente que no todo va bien en el estado de Dinamarca, como tampoco en Noruega o Suecia. Se han registrado ya durante algunos años indicios de inquietud anunciados por el famoso índice de suicidios daneses, considerado en los años sesenta como signo inequívoco de la conflictividad interna de una sociedad opulenta. Hacia 1981, estos indicios habían alcanzado proporciones gigantescas, y dejaban sin impresionar exclusivamente a aquellas personas condicionadas a una reverencia permanente del «modelo escandinavo». ¿Qué había ocurrido? Más precisamente, ¿qué presagiaba y presagia para Europa la crisis del estado del bienestar, de la socialdemocracia escandinava, de la blasonada «vía media»?

Visto desde fuera, los síntomas se clasificaban en dos categorías. Por una parte se encontraban las consideraciones políticas y estratégicas generadas por el creciente desequilibrio militar de Europa y los esfuerzos soviéticos para establecer y consolidar su superioridad —incluso en el Báltico, el «Mar de la Paz»— mientras procuraban desvincular a Europa occidental de Norteamérica. Dentro de esta estructura de intereses occidentales, lo que

insistiré más adelante). Por otra parte se encontraban toda una serie de problemas internos: el aumento del sector público; la preponderancia de una mentalidad terapéutica y dominante entre el ejército de «asistentes» empleados a cargo público con el fin de constatar, sin lugar a dudas, que nadie hubiera enfermo, desgraciado o mal adaptado; los consiguientes problemas presupuestarios y las progresivas cargas fiscales; la aparición de una economía «negra» (o «clandestina»); los comienzos del vandalismo y la violencia en las ciudades; la decadencia de los niveles educativos; la penetración (y pervisión) en el debate público y los principales medios de comunicación de una amalgama de los que Raymond Aron llama «la vulgata marxista», un neonacionalismo provinciano, falto de orgullo y dignidad. Todas estas tendencias se unieron en un sentimiento vago, pero claramente manifiesto de preocupación e impaciencia que afectó a la mayoría de los grupos, partidos y organizaciones escandinavas.

### La edad de la inocencia perdida

¿En qué consiste este modelo escandinavo, esta «vía media» sobre la que solían jurar los científicos sociales progresistas norteamericanos? ¿Cuánto había de realidad y cuánto de ideología? Alguna vez, en algún lugar, todo lector se habrá encontrado con un representante, vestido de modo descuidado, hablando con suavidad, de la Escandinavia<sup>1</sup> oficial, que encomiaba

---

<sup>1</sup> Cuando digo Escandinavia me refiero a Dinamarca, Noruega y Suecia. Hablaré de Dinamarca principalmente en adelante debido a mi experiencia personal, pero haré referencia a sucesos e ideas de Noruega y Suecia. Los problemas de Finlandia son algo especiales, e Islandia (población, 200.000) es dema-

los encantos del sistema. Quizá exageraba, pero no demasiado. Las tierras escandinavas *son* buenas para vivir. En Copenhague, la única ciudad occidental que conozco donde una mujer puede transitar segura por la mayor parte de las calles a las tres de la mañana, la policía es amable y cortés, la medicina es gratuita y las grietas de la maquinaria no superan todavía, a ojos de cualquier observador sensato, los asombrosos logros sociales. El campo parece uniformemente rico y bien cuidado. El nivel de la vivienda es alto; también lo es el de la educación. Y, sin embargo, todas estas cosas han pasado también a convertirse en parte de un mito, una moderna saga escandinava, lo cual quizá explique que la irrupción de una nueva realidad, consecuencia previsible de anteriores medidas y hábitos, sea tan dolorosa. La flexibilidad práctica, tentativa, del modelo escandinavo se convirtió en su propia y absoluta ideología. Y empieza a ser difícil vivir con ella.

Las reformas que crearon la moderna Escandinavia se realizaron en gran medida bajo los auspicios de los partidos socialdemócratas, que constituían, en sus encarnaciones locales, excrecencias de rasgos culturales peculiarmente escandinavos. En el período posterior a las más importantes reformas, incluso aquellos partidos liberales y conservadores anteriormente opuestos a la socialdemocracia, han llegado a aceptar sus ideas «progresistas», de «visión avanzada», como propias. El «consenso socialdemócrata» no fue probablemente tan efectivo y generalizado en ningún otro sitio, y es hoy prácticamente imposible distinguir la evolución de la socialdemocracia escandinava de la evolución de la moderna Escandinavia.

Todo ello ocurrió principalmente en los años de entreguerras, durante la gran crisis mundial de los años treinta. Pero las raíces son más hondas. Hacia principios del siglo xix era ya evidente que ningún país escandinavo podía sostener una política exterior activa. Este final de

---

siado pequeña para merecer una atención especial en este contexto; en gran medida sus actitudes y su evolución son paralelas a las de Noruega y Dinamarca.

la independencia escandinava quedó simbolizado en la toma británica, en 1807, de la flota danesa, con el fin de evitar su captura por parte de Napoleón. Los irritados daneses se unieron al bloqueo continental, y fueron recompensados por su lealtad a Napoleón, siendo despojados de Noruega, que había estado bajo dominio danés desde 1380. Avanzado el siglo, la cuestión del nacionalismo en la zona fronteriza germano-danesa de Slesvig se convirtió en un problema; los demócratas progresistas de entre los germanoparlantes exigieron que un gobierno alemán revolucionario (que surgiría del levantamiento de 1848) pusiera fin al gobierno de la monarquía absoluta danesa sobre la provincia. En aquella ocasión ganaron los daneses, primordialmente debido a que Prusia se negó en un momento crucial a apoyar a los rebeldes, pero se resolvió el problema, y, en 1864, Bismark envió ejércitos prusianos y austriacos para realizar lo que los nacionalistas-demócratas alemanes no habían conseguido hacer en el 1848. Slesvig fue conquistado por Prusia y Dinamarca; inducida a esperar ayuda armada sueca y confiando atolondradamente en las garantías británicas, perdió una quinta parte del territorio que aún conservaba (en 1658 Suecia se *había* hecho con el tercio oriental del país).

Estos sucesos dejaron una impresión profunda y permanente no sólo en Dinamarca, sino en toda Escandinavia. Los países pequeños estaban a merced de sus más poderosos vecinos. No podía esperarse ayuda de otros estados fuertes a menos que estuviera implicado algún interés inmediato. El curso mejor y más seguro para los países pequeños sería, pues, la neutralidad (armada o sin armar), una postura discreta en el escenario político internacional y una general concentración de energías sobre los asuntos domésticos. Estas lecciones se grabaron con ácido en el espíritu escandinavo y (particularmente en el caso danés) explican en gran medida las actitudes y expectativas de 1914, 1940 y 1980.

Las últimas décadas del siglo xix no fueron, en Escandinavia, años de industrialización —todavía no—, sino años de educación popular, renacer religioso y literatura naturalista. El idealista danés

N. F. S. Gundtvig murió en 1872; pero su influencia continuó en aumento, especialmente a través de las escuelas populares (*folkehojskoler*) y su extraordinaria contribución al Libro de Himnos danés. Gundtvig incorporó varias características peculiarmente nórdicas; creía en «la educación para la vida, no para la escuela»; deseaba construir las bases de una auténtica cultura popular y acabar con la distinción alemana entre *bürgerliche Eildung* y *Volkskultur*; y era un ferviente cristiano, aunque algo heterodoxo para criterios luteranos.

El renacer religioso fue quizá más intenso en Noruega y Suecia, pero incluso aquí la oposición de Gundtvig al movimiento puritano y predicador de la «Misión Interior» ganó considerable terreno entre los pequeños agricultores y artesanos de ciudades pequeñas. La película de Cari Dryer *Ordet-El Mundo* (1954), basada en la obra dramática de Kaj Munk del mismo nombre, captaba con brillantez la tensión social y religiosa entre «gundtvignianos» y «misioneros interiores» durante estos años.

La literatura también se comprometió con el espíritu de progreso y cambio. En 1871, Georg Brandes comenzó sus famosas conferencias en la Universidad de Copenhague (bajo el título de *Corrientes principales de la literatura del siglo XIX*) con la oración: «La vitalidad de la literatura se demuestra solamente si plantea problemas a debate...» El tipo de problema a que se refería no era relativo a la vida interior y a sentimientos tradicionales, sino a conflictos personales y sociales, moralidad, sexualidad y psicología. Después de pocos años, el «naturalismo» se había convertido en reclamo de todo lo que era innovador, audaz y radical en la cultura escandinava; y se inició una tradición socialdemócrata en política. Las versiones escandinavas del «radicalismo cultural» en los años 1930 y 1960 no pueden entenderse sino en el contexto del legado perdurable de Georg Brandes y su círculo.

Poco antes de finalizado el siglo, la tradición socialdemócrata en política empezó en las ciudades —aun cuando sólo Copenhague y Estocolmo tuvieran tanto un proletariado incipiente como una au-

téntica burguesía—, en los pueblos y no menos entre los más necesitados del medio rural, pequeños agricultores y jornaleros, cuyas vidas describen las novelas de Martin Andersen Nexø (1869-1954). En los años 1930, los partidos socialdemócratas se habían establecido como movimientos reformistas, con una base de sindicatos fuertes y una optimista visión de futuro, pero concentrándose siempre sobre la educación y la cultura populares. Insisto en esto porque, en aquel momento, en ningún lugar de Escandinavia se escuchaba la idea que con frecuencia se debatía en Alemania y Francia: la de que los obreros debían crear su propia cultura «proletaria» y destruir la de las clases medias. Las ideas culturales escandinavas de democracia social centran más bien su interés en los medios para hacer la cultura nacional asequible a todos. En esto, los socialdemócratas se vieron asistidos por las pequeñas dimensiones de sus países y por el hecho de que nunca había existido allí, como en Alemania, una *bürgerliche kultur* definida.

Los años treinta fueron la década crucial. Presenciaron la aparición no sólo del «modelo escandinavo», sino también de la ideología de la «vía media». En los tres países se hizo frente a la crisis mundial con acciones concertadas por parte de los gobiernos socialdemócratas en alianza con los intereses agrarios, uniéndose así los dos polos económicos de estos países para resolver los conflictos en el mejor modo posible. Una parte del acuerdo lo constituía la introducción de una serie de servicios sociales sin precedentes en las democracias industriales. La figura clave fue el ministro danés de Servicios Sociales, K. K. Steincke, que en 1933 empezó a reducir y modernizar las leyes relativas a caridad pública y asistencia a los necesitados y a abolir las incapacidades civiles (como el no tener derecho al voto) que habían sido previamente consecuencia de la recepción de asistencia pública. Ahora, el único principio que gobernaba este tipo de ayuda era el que la persona fuera o no responsable de su estado de necesidad: como la mayor parte de las personas en los años treinta no eran responsables de su indigencia, el principio personal era a un tiempo justo y directo.

El cambio en los años sesenta y setenta hacia un principio de necesidad puramente económico —y más recientemente a un principio de decisión arbitraria del Trabajador Social del Estado del Bienestar— es uno de los más siniestros cambios de nuestra política social, y marca el abandono efectivo de la histórica reforma de Steincke.

Un grado tal de atención pública al bienestar de la gente atrajo un gran interés de Europa. Publicado en 1936, el famoso libro de Marquis W. Child *The Middle Way (La vía media)* describe solamente a Suecia, pero las creencias y los valores tanto de la sociedad como del autor eran comunes a toda Escandinavia. Sorprendentemente, Child publicó una nueva edición de su libro en 1977 en la que su admiración permanecía intacta. ¿Tenía ésta todavía fundamento firme? ¿No había sabido Child comprender todo lo ocurrido en los cuarenta años que mediaron?

Nuestro «radicalismo popular» era bastante común en toda Europa occidental, y se explica parcialmente en relación a la aparición de dictaduras en la Italia de Mussolini, la Alemania de Hitler y la España de Franco. Teníamos algún comunista declarado —sobre todo entre los intelectuales—, pero el movimiento de mayor consecuencia era el llamado movimiento «cultural-radical» (*de kulturradikale*), que se inició en Copenhague en 1935. Los cultural-radicales se consideraban herederos de Georg Brandes y sus naturalistas, y afirmaban estar simplemente otorgando una dimensión social y política a la crítica del orden establecido. Se oponían, desde luego, al nacional-socialismo alemán; pero su rasgo más prevaiente ha sido su ceguera ante el nacionalcomunismo ruso. Su influencia continuada sobre la cultura escandinava a lo largo de los años sesenta e incluso los setenta ha tenido un efecto desastroso sobre la capacidad de la Nueva Izquierda y la cultura común, en aumento, de los medios de comunicación y las universidades para distinguir entre libertad y tiranía opresiva en el mundo.

En la Segunda Guerra Mundial, Dinamarca se rindió en cuestión de horas; la resistencia noruega duró unas pocas sema-

nas, y Suecia permaneció neutral. Desde 1940, la actitud oficial de Dinamarca ha sido: «No se puede librar una guerra en un campo de fútbol.» El neutralismo y el pacifismo de los años 1930 se justificaba, sostienen, porque (como en 1864) un país pequeño se encuentra inerme si sus vecinos grandes se irritan o se vuelven agresivos. Este neutropacifismo era compartido por el gobierno socialdemócrata, pero sus raíces más fuertes se encontraban en el partido «radical-liberal», *det Radikale Venstre*, formado en 1905 y dirigido por miembros de la *intelligentsia* de Copenhague. Su periódico, *Politiken*, fundado en 1884 por Georg Brandes y su hermano Edvard, es todavía generalmente considerado como el órgano de la juventud en pensamiento y espíritu, de los intelectuales progresistas, radicales, librepensadores y *enfants terribles* culturales. Como en otros lugares de Europa, esta actitud se convirtió rápidamente tanto en costumbre como en tradición, llegando a adquirir la rigidez de un conformismo mayor que aquel al que había sustituido. Gran parte de la crisis cultural de los años 1970 puede cargarse a las espaldas de *Politiken*.

No obstante, la característica más importante de los radical-liberales fue su pacifismo. Durante los años treinta, el ministro de Asuntos Exteriores, el radical-liberal P. Munch, un caballero danés urbano y sofisticado, abogó infatigablemente por la neutralidad y el acuerdo; y durante los primeros años de la ocupación alemana, su sucesor, Erik Scavenius, del mismo partido, llegó a quedar identificado con la «línea colaboracionista». Quizá lo más sorprendente, en mi opinión, sea el absoluto descaro con que los radical-liberales entonces y después (con excepción de unos cuantos años inmediatamente posteriores a 1945) han defendido su postura neutralista. (Hoy, claro está, han encontrado un público nuevo para sus ideas, a las cuales han añadido una medida prudente de interés ecológico y reformismo económico.)

La cuestión no es del todo unilateral. Los antineutralistas publicaron recientemente un libro en el que se sostenía que la defensa de Dinamarca contra los 38.000 soldados invasores alemanes podría haber

sido no sólo posible, sino haber estado al alcance de los medios económicos del gobierno. La población de Dinamarca en ese momento era aproximadamente de cuatro millones y medio (la de Noruega era casi de cuatro millones) y podría haber levantado un ejército de disuasión de 100.000 hombres. Para superar esta fuerza Hitler habría necesitado tal aparato, que la ofensiva *Wehrmacht*, iniciada el 10 de mayo de 1940, se habría diferido considerablemente. El precio de tomar Dinamarca y Noruega *habría* sido sencillamente demasiado elevado en relación a las posibles ganancias para el Tercer Reich y Hitler se habría conformado con una neutralidad sobre la que quizá hubiera podido ejercer cierta presión, pero que estaba muy lejos de una ocupación militar. Este fue de hecho el sólido razonamiento de los suecos, que, en efecto, «aplacaron» en gran medida a Hitler en los primeros años de la guerra, pero que simultáneamente aumentaron sus fuerzas armadas y dejaron inequívocamente claro que habría resistencia a la ocupación. Esta diferencia en cuanto a las posturas de defensa ha permanecido entre nosotros desde entonces y actualmente es cada vez más aparente.

Dinamarca y Noruega se incorporaron a la OTAN en 1949 y durante un cierto período de tiempo flotó efectivamente un nuevo espíritu en Escandinavia. Aproximadamente desde 1950 hasta 1965 tuvimos nuestros «años dorados» de gobierno socialdemócrata. El nivel material de la vida era muy inferior al actual, pero puede decirse que el nivel psicológico era muy superior. Y no es éste simplemente un argumento nacido de la nostalgia, sino un reconocimiento de que la «vía media» y la visión de la sociedad de la socialdemocracia se ajustaban mejor a un período de crecimiento económico lento pero regular, con expansión de los servicios sociales y un esfuerzo masivo por parte prácticamente de la totalidad de la población para «educarse», «trabajar por el bien común» y no dejarse llevar por expectativas poco realistas. El radicalismo político (aparte de la especial variante danesa radical-liberal) había muerto; el voto comunista, alto durante un tiempo después de 1945, cayó en picado; y en 1960 el dirigente socialdemócrata Viggo Kampmann procla-

mó: «Es hermoso ser socialdemócrata...» En el frente cultural se dieron pequeños e interesantes experimentos (como la publicación de la revista literaria *Herética* en los años cincuenta), pero escasos indicios de las tormentas y quebrantos que sobrevendrían. La cultura académica danesa gozaba de prestigio fuera del país en ciertas áreas de especialidad (como la lingüística histórica, la neurología, estudios escandinavos). La mecanización y la racionalización del proceso industrial continuaron, templados por el hecho de que la vasta mayoría de las empresas industriales danesas tenían menos de veinte empleados y los problemas de administración y relaciones laborales eran mucho menos difíciles que en países muy industrializados. Hacia 1960 la industria, finalmente, superó a la agricultura y la silvicultura como principal origen de divisas en Escandinavia. El camino parecía despejado para un futuro indefinido de «prosperidad» y «enriquecimiento cultural».

### Indicios de discordancia

No habían faltado voces admonitorias. Durante los años inmediatos de la posguerra un dramático debate sobre «valores democráticos» se extendió por toda Dinamarca, donde voces serias —como la de Vilhelm Grønbech (1873-1948), famoso historiador de la religión y la mitología e importante figura cultural por derecho propio— cuestionaron la base moral de la democracia de masas y su capacidad para satisfacer necesidades más hondas. La experiencia de la ocupación alemana y las esperanzas de un totalmente «nuevo comienzo» en política y cultura tras su expulsión, generaron toda una serie de iniciativas y sueños; pero fueron destruidos cuando el viejo sistema de partidos (y las caras de siempre) se reinstauraron sin apenas disculparse por el desastre nacional que acababa de ocurrir.

Muchos de los «radical-culturales» de los años treinta estaban por entonces bien situados o eran profesores retirados de literatura (entre ellos, Elias Bredsdorff, durante muchos años lector de danés en

Cambridge y comunista firme, hoy *guru* de las más recientes manifestaciones del antiguo y nuevo izquierdismo y la crítica literaria revolucionaria). Escandinavia no tuvo un Arthur Koestler o un George Orwell y nadie se sintió intelectualmente desafiado a enfrentarse con el problema del comunismo<sup>2</sup>, es decir, del «totalitarismo progresista»<sup>2</sup>.

Los viejos esqueletos estaban todavía bien encerrados en el armario. En la década de 1960 la combinación de tranquilidad doméstica, un sentimiento de inquietud y revuelta inminente entre estudiantes y escritores jóvenes, la guerra norteamericana de Vietnam y la ausencia de una autodefinición coherente por parte de la «cultura política socialdemócrata-burguesa» señalaron el punto de arranque de un renovado radicalismo. Se percibían indicios de división dentro de los partidos socialdemócratas mismos. Así, pues, en 1966, un portavoz de la *Socialdemokratisk Samfund* (un grupo de debate político perteneciente al partido) argumentaba que ahora que se había obligado a los capitalistas a tratar bien a los obreros (en interés propio), había llegado el momento de mirar hacia adelante y proyectar la «total transformación» del mundo del trabajo y la sociedad en general. Se deploraba la «falta de principios socialistas» en el partido gobernante y se hizo una llamada en pro de metas políticas «fundamentales».

¿Estaban estos «principios socialistas» en conflicto con la «libertad y la democracia» existentes? Si lo que significaban era la extensión de la democracia política a todas las esferas sociales, se encontraban todavía dentro de los límites del bien conocido revisionismo de Bernstein. No había todavía signos del radicalismo estudiantil que surgiría pronto con su denun-

---

<sup>2</sup> Con la notable excepción del poeta noruego Arnulf Overland y, en un sentido distinto, del socialdemócrata Haakon Lie (también noruego, que durante la guerra fue oficial de enlace de los trabajadores europeos ante la AFL-CIO en Nueva York). Lie ha sido recientemente la única figura importante del partido laborista noruego en apoyar decididamente a la OTAN y el aumento de gastos de defensa.

cia de las libertades «burguesas», de la «capitulación» socialdemócrata ante el capitalismo y de la «violencia estructural» encastrada en la pacífica sociedad danesa. Pero se aproximaba el señor Marcuse.

La quiebra del consenso socialdemócrata no fue producto de las tensiones internas del movimiento o de la crisis económica, sino que fue causada por la renovación del «radicalismo cultural» entre la *intelligentsia* de Copenhague y los efectos emocionales de mayo del 68 en París. Y fue acompañado, en la sociedad burocrática en general, por un incesante aumento del sector público (especialmente del sistema de la «seguridad social»).

Aclaremos las principales tendencias.

1. El renacimiento del radicalismo literario y cultural y el redescubrimiento de los dirigentes estudiantiles de Marx y Lenin por una parte y, por la otra, de los líderes aún vivos del movimiento de los años treinta (que quedaron exentos del terror dirigido contra prácticamente la mayoría de los miembros del *establishment* liberal académico). Un cierto radicalismo literario se convirtió asimismo en el estilo general de la mayor parte de los jóvenes escritores que hicieron su aparición en Dinamarca en los años sesenta, como Klaus Rifbjerg, Anders Bodelsen y Ebbe Reich. Reich es particularmente típico de la versión danesa del *radical chic*. Adoptó el nombre de K10vendal, traducción danesa del Rivendell de la obra de Tolkien *El señor de los anillos*, pero no parecía haber absorbido demasiado del mensaje tradicionalista y nostálgico del libro. Por el contrario, unió un vago interés en el misticismo y la astrología con un riguroso leninismo y maoísmo culturales. Estableció una comuna conocida como «El retiro de Mao» en una zona suburbana cara y muy de moda de Copenhague. A continuación se dedicó a escribir prolijas novelas pseudohistóricas, que contienen el mensaje explícito de que Dinamarca ha sido siempre una nación de colectivistas y populistas radicales y de que los peligros más serios que se cernían sobre nosotros eran el «individualismo» (incorporado en la definición burguesa de libertad) y el «privatismo» (incorporado en la idea del derecho romano de propiedad y que ahora amenazaba con tragarnos

con la adhesión danesa a la Comunidad Europea).

Las obras de Ebbe Reich y sus dos populares compañeros de pluma se publican en Gyldendal, el mayor editor danés, equiparable en su papel social a Suhrkamp en Francfort, aun cuando no existan editores conservadores de la misma envergadura para equilibrar la producción radical de moda. A todo lo largo de los años setenta este renovado radicalismo cultural —añadido a él el sabor de antioccidentalismo y antinorteamericanismo— giró en torno a las actividades de Gyldendal. La ceguera de sus directores editoriales a cualquier revaloración intelectual, al incipiente antitotalitarismo de los nuevos filósofos en Francia (influidos por Solzhenitsyn, si no por Koestler y Orweü) y a la nueva crítica del igualitarismo y el colectivismo en Estados Unidos y Gran Bretaña, ofrece un buen motivo para explicar el porqué de que nuestra marea ideológica no haya cambiado como en otros lugares de Occidente.

2. La aparición, en el creciente sector público, de una mentalidad «terapéutica» y de unos funcionarios que, tratando a los ciudadanos como clientes inmaduros, asumieron un omnisciente aire de autoridad. Esta actitud era parcialmente herencia del pasado autoritario de Escandinavia y de las tradiciones de nuestra burocracia prusiana, en la que los funcionarios públicos eran agentes del rey, no del pueblo. No existía en Escandinavia (y especialmente en Suecia) una tradición de oposición popular a las decisiones y prácticas administrativas; y la idea, corriente en Norteamérica, de enfrentarse a la burocracia en los tribunales, sólo recientemente ha empezado a ser mínimamente concebible en Dinamarca. En Suecia es todavía algo totalmente desconocido, como demuestran muchos de los ejemplos citados por Roland Huntford en *The New Totalitarians* (*Los nuevos totalitarios*), una mordaz denuncia de la sociedad sueca que apareció en 1971 y ha sido a todos los efectos desoída en Suecia. Sin embargo, en los años sesenta y setenta el rápido crecimiento del número de funcionarios públicos significó que los viejos (y en gran medida conservadores) ideales burgeses de la burocracia estaban siendo

sustituidos por otros más radicales, «progresistas» e incluso «revolucionarios». El nuevo burócrata «ilustrado» era el antiguo funcionario prusiano corregido y aumentado. Un nuevo conformismo burocrático empezó a surgir, más patentemente en los sectores educativo y de servicios sociales, basado en una rígida visión materialista del hombre y la sociedad, la creencia en los orígenes medio ambientales de la inteligencia, la cultura y las costumbres, y en un recelo silencioso pero omnipresente del anticuado individuo.

3. La decadencia del consenso social demócrata en política exterior. Después que Dinamarca y Noruega se incorporaran a la OTAN, mientras Suecia decidía continuar su política de «neutralidad armada y defensa total» (incluso hoy Suecia es capaz de movilizar a 800.000 hombres en 72 horas para repeler un ataque), el pacifismo y el «derrotismo» de los socialdemócratas de entreguerras fue reemplazado por un compromiso explícito con la Alianza Occidental, compromiso facilitado por el nuevo y poderoso papel desempeñado por los partidos laboristas socialdemócratas en Gran Bretaña, Alemania Occidental y Francia. A finales de los años sesenta, no obstante, algunos socialdemócratas destacados (incluido el primer ministro danés, Jens Otto Krag) empezaron a perder de vista los fines originales de la OTAN y se sintieron tan atraídos por la idea de *detente* y «coexistencia pacífica» como los líderes de los partidos socialdemócratas o laboristas. En su último período como primer ministro (1971-72), Krag empezó a dismantelar la política de defensa danesa de posguerra, proyectando una reducción en el período de servicio y en el número anual de los posibles reclutas que debían en efecto incorporarse. El resultado de esta política de no defensa, aprobada en 1973 por el sucesor de Krag, Anker Jorgensen (primer ministro hasta 1981), ha sido un descenso de aproximadamente la mitad de las fuerzas efectivas del ejército y un enorme aumento en la proporción del presupuesto destinado a sueldos (actualmente alrededor del 40 por 100). Por el contrario, en Noruega el sueldo de servicio es mucho más reducido —a la altura de Alemania Occidental—, pero el reclutamiento es mucho más nu-

meroso, de modo que el estado de preparación disuasorio en tiempo de paz es mucho mayor.

Los planes y la política de defensa de Krag simbolizaban no sólo el velo que se corría sobre los fines de resistencia de la OTAN y el peligro del poder soviético, sino también la crítica generalizada a toda la idea de la Alianza Atlántica que empezó a escucharse dentro del partido socialdemócrata. Aquélla se fortaleció a lo largo de los años setenta, hasta que hacia 1981 prácticamente una tercera parte de los votantes socialdemócratas creían que el presupuesto de defensa no precisaba de aumento; alrededor de una quinta parte deseaban salir de la OTAN; y casi la mitad de los afiliados al partido creían en 1981 que los Estados Unidos representaban «un mayor peligro a la paz mundial» que la Unión Soviética.

Estas tres corrientes tenían cada una su propia lógica y sus efectos, pero hacia el fin de la década se reforzaban mutuamente de forma que hacía peligrar el consenso socialdemócrata que había gobernado Escandinavia desde los años treinta. Algunos ejemplos típicos de este mutuo fortalecimiento merecen mención.

La tolerancia educativa, distintivo de la cultura danesa durante muchos años, es una de esas características que diferencian al sistema danés del de Suecia, donde los colegios privados son apenas permitidos y se han adoptado diversas medidas financieras que hacen prácticamente imposible su continuación. Un colegio privado debe subsistir actualmente en Suecia durante tres años antes de poder solicitar cualquier tipo de subsidio público. El resultado ha sido la extinción de todas, exceptuando una o dos, las antiguas y conocidas instituciones de las clases medias de Estocolmo y la casi total homogeneización del sistema educativo primario y secundario. Es algo ampliamente reconocido que la ley de educación sueca de 1965, que abandonó el principio de «destrezas objetivas» en pro de ideales tales como «solidaridad, colectividad, igualitarismo», ha sido un desastre; pero ni siquiera los llamados partidos de centro-derecha en Suecia se atreven hoy a rechazar la ley o sus consecuencias.

En Dinamarca no sólo se toleran los

colegios privados, sino que son fomentados; en efecto, pueden recibir del Estado hasta un 85 por 100 de los sueldos de su personal. Como resultado, uno de los más felices cambios de los años setenta ha sido la proliferación de pequeños colegios, algunos de aspiraciones bastante radicales e incluso revolucionarias y otros destinados simplemente a ofrecer una alternativa a los grandes colegios de educación general unificada. Uno de aquéllos, fundado en la década de los setenta, fue la Escuela Superior Popular «alternativa» y centro de formación de profesorado de Tvind, en Jutlandia occidental, cuyo fin expreso era el de construir una «conciencia alternativa» dentro de la sociedad burguesa. Tvind es quizá más conocido fuera por su enorme molino de viento (construido en gran medida con el trabajo no remunerado de sus alumnos); envía a sus estudiantes en expediciones al Tercer Mundo para realizar diversos «proyectos».

Estas prácticas, en apariencia inocuas y útiles, se toleraban con interés en la Dinamarca oficial, hasta que en 1979 comenzaron a surgir acusaciones de «lavado de cerebro» (e incluso «tortura personal») de Tvind. Algunos miembros que se habían «escapado» contaron historias aterradoras de «destrucción de la personalidad», del poder absoluto del Grupo (es decir, de los dirigentes del Grupo), de desgaste deliberado de la individualidad de los alumnos y de condiciones lamentables físicas en algunos de los campos del Tercer Mundo a los cuales eran enviados. Apareció un documento, que supuestamente declaraba los principios de Tvind y las reglas de adhesión, en el que se decía al aspirante: «Tú nunca tienes razón, el grupo la tiene siempre... No inicies relaciones sexuales con otras personas, el sexo es una forma de dominio burgués... Ha de ser destruida la creencia en la amistad y el amor; debes comprender que representan una debilidad imperdonable del romanticismo reaccionario. Puedes tener amistades a las cuales visites, pero recuerda que no son amigos *tuyos*, sino del grupo», y más cosas del mismo talante. Los ecos de indoctrinación nazi y otras indoctrinaciones totalitarias eran aterradores.

La imagen de Tvind como alegre refu-

gio de tercermundistas, revolucionarios a larga distancia y ecologistas idealistas quedó bruscamente rota. La realidad de un imperio ideológico de dominio total, dirigido por una reducida y poderosa camarilla de hábiles y dogmáticos indoctrinadores, era tan ajena a la normal cultura danesa, que todavía no se ha comprendido bien su alcance. Cito el caso de Tvind porque es en muchos sentidos típico de los años setenta: la necesidad de un nuevo maestro que resuelva todo tipo de problemas, la creencia en la perversidad de la sociedad burguesa y en el advenimiento de una nueva pureza, la adulación del Tercer Mundo. Ni que decir hay que el imperio Tvind se levantó y aún subsiste con una enorme subvención pública; el gobierno socialdemócrata es demasiado débil para reconocer la amenaza mortal al pluralismo que solía defender. Voy a añadir otro ejemplo: la obra de Villy Sorensen *Reuelta desde el centro* (publicado en danés en 1978 y en traducción inglesa en 1981). Sorensen es un filósofo *sui generis* y simpatizante comunista; como coautor tuvo a un físico de izquierdas, antiguo dirigente del partido radical liberal. El libro, un ataque a la sociedad industrial occidental, contenía la mayor parte de los manidos clichés del radicalismo académico: esto es, que el sistema legal es injusto porque castiga el robo menor de una pobre mujer de la limpieza más severamente que los «crímenes de capital» cometidos por banqueros y directores de corporaciones; que todos sufrimos de «sobreconsumo» inducido; que nuestra riqueza proviene de la «explotación»; que somos en exceso individualistas y no tenemos consideración por la colectividad; y tememos de un modo neurótico cualquier avance revolucionario. Lo más extraño de este libro es que pretendía ser contrario al marxismo y ser (como afirmaba su título) una «¡revuelta desde el centro!». El centro, en este caso, resultaba estar situado en algún punto intermedio entre Herbert Marcuse y el presidente Mao. Las recomendaciones positivas consistían en una llamada a la descentralización y «descapitalización» de la economía, a la abolición de la democracia política de partidos y su sustitución por «asambleas populares» que representaran

«intereses auténticos» del pueblo y al abandono de los tribunales de justicia tradicionales en pro de «juicios *inter pares*». Fue, ¡ay!, muy influyente y ni siquiera a los lectores críticos se oyó plantear cuestiones directas sobre los peligros de la intolerancia y el totalitarismo menores del nuevo sistema o sobre el grotesco recelo de todo empeño personal o privado, para no hablar de las ventajas putativas (y además la superioridad moral) de las «formas colectivas» de cohabitación y vida familiar.

*Reuelta desde el centro* no merecería apenas comentario, como ninguno de los numerosos manifiestos radicales esparcidos por las universidades a principios de los años setenta, si no fuera por el hecho asombroso de que vendió, en danés, por encima de los 110.000 ejemplares. En una población de cinco millones, casi toda unidad familiar había oído hablar del libro o lo tenían, o se les había hablado de él en las escuelas superiores populares o en grupos de estudio. Prevalece como manifiesto de un «valiente salto» hacia el futuro. No importa que esté repleto de prejuicios antiliberales y antioccidentales, o que en otros lugares la polémica sobre estas cuestiones haya reconocido ya hace tiempo, aunque a regañadientes, la conexión histórica y lógica entre el capitalismo democrático y la libertad política, el colectivismo económico y la tiranía política. Temo que los esfuerzos por señalar las inconsistencias lógicas del libro o por plantear cuestiones relativas al cuadro de felicidad ideal presentado en esta visión de un futuro no capitalista han sido hasta ahora recibidos con una mezcla de ofendido silencio y denuncia airada.

Las escuelas Tvind, *Reuelta desde el centro*, la arrogancia burocrática unida a un fervor revolucionario y una actitud colectivista, ¿cómo se explican estos y otros fenómenos diversos? Es posible que el principio de una explicación pueda hallarse en las predicciones de Tocqueville sobre la sociedad democrática, pues en pocos países se han cumplido más claramente estas expectativas. (Tocqueville, a propósito, ha sido totalmente desconocido en Escandinavia, donde por primera vez se publicó una traducción el año pasado.) La soledad personal, la presión a la con-

formidad, la creencia en el Estado progresista y la desconfianza de todo individuo con iniciativa, atrevido, con ideas audaces en comercio o estudios, todos los rasgos de Tocqueville se encuentran allí en abundancia, resumidos y poderosamente fortalecidos en el impulso igualitarista del sistema educativo. Ello quedó muy concretamente expresado en el plan conocido como *U-90* —*Uddannelse* (es decir, educación) 1990— promulgado en 1978 por el ministro de Educación danés, Ritt Bjerregaard. En dicho documento, la totalidad de la vida de una persona se dividía en cuatro partes: educación, trabajo, social y personal. La idea de educación para el futuro debía consistir en equipar al individuo para hacer frente a las otras tres partes de su vida y, ante todo, hacerle tan «igual» como fuera posible. Igualdad en los resultados, ésta era la meta expresa; la idea de que las destrezas naturales fueran formadas o de que las diferencias individuales merecían estímulo fue rechazada de plano. Es verdad que *U-90* no llegó a convertirse en ley; pero el Ministerio de Educación continúa siendo refugio de antiguos estudiantes radicales y re-

---

expresión de política oficial denota un peligro presente. Un gran número de ideas igualitarias y colectivistas han sido de hecho introducidas en la sociedad escandinava como resultado de ciertas leyes aprobadas por políticos, pero a consecuencia de directivas administrativas lanzadas por burócratas ideólogos. (Esta tendencia es particularmente marcada en Suecia, donde los burócratas han gozado siempre de mayor prestigio que los políticos.)

¿Por qué era Escandinavia especialmente vulnerable a las deformaciones tocquevillianas de los ideales y las prácticas democráticas?

Estaba, para empezar, el antiquísimo colectivismo de la tribu, parcialmente mitológico, pero lo bastante real para constituir un factor formativo de la cultura nacional en los tres países. En segundo lugar se encontraba la relativa ausencia de una clase media con criterios culturales que pudieran haber mantenido a raya al diletantismo de moda durante algún tiempo más. En tercer lugar estaba la

constante presencia política del cruel destino de los países pequeños en un mundo duro.

### ¿Nuevas ilusiones o un nuevo realismo?

En 1977 el Consejo de Ministros de la OTAN acordó en principio un aumento del 3 por 100 anual en términos reales de los presupuestos de defensa de sus distintos países miembros. Hacia 1978, sin embargo, era ya evidente que Dinamarca no cumpliría esta obligación, mientras que Noruega sí lo haría (y se ha mantenido hasta ahora más o menos a un nivel de aumento real de este orden). El gobierno danés se excusó pretextando dificultades económicas, que eran suficientemente ciertas; pero bajo éstas había un escepticismo patente sobre la justificación de dicho aumento. Este escepticismo salió a la luz en diciembre de 1979, cuando los ministros de la OTAN decidieron solicitar para 1983 el despliegue de misiles «Pershing II» para contrarrestar los misiles balísticos soviéticos de alcance medio «SS-20» ya situados. Kield Olesen, ministro danés de Asuntos Exteriores, pidió que se aplazara seis meses cualquier decisión dejándola pendiente de las negociaciones con los soviéticos (negociaciones que llevaban años en curso, sin resultado). Y cuando se eligió a Ronald Reagan presidente, Anker Jorgensen, primer ministro danés, hizo algunas observaciones poco corteses, y su ministro de Trabajo, Svend Auken, se refirió con desdén al «antiguo actor de tercera categoría» a cargo ahora de la más poderosa nación del mundo. Más recientemente, el ministro de Asuntos Exteriores ha deplorado la decisión americana de construir misiles y bombarderos; aunque hizo referencia al arsenal soviético, su declaración estaba claramente formulada para dar la impresión de un peligro *igual* a la estabilidad mundial. La expresión *Denmarkisation* (dinamarquización) se inventó para designar la situación de un país que no acaba de cumplir sus compromisos con la alianza

de la OTAN y espera, sin embargo, amplia protección. En lugar de sentirse incómodos por el suave reproche, el ministro danés de Asuntos Exteriores empezó en seguida a alegar públicamente que considerar la seguridad en términos Este-Oeste era una definición extremadamente estrecha; la ayuda al Tercer Mundo debía también contar como política de seguridad, y lo cierto era que, a este respecto, Dinamarca tenía un buen haber. No se dijo a los oyentes que pudieran sentir curiosidad exactamente cómo iban los bajos intereses y otros créditos de ayuda a Zimbabue o Tanzania, a ayudar al ejército danés a repeler los posibles desembarcos del Pacto de Varsovia. (Yo mismo planteé una vez la cuestión al ministro de Asuntos Exteriores, pero sin resultado alguno.)

Si la actitud del Gobierno socialdemócrata de Dinamarca es ambigua en su evidente recelo de los motivos de Norteamérica y en su aparente falta de preocupación por la escalada soviética (no menor en la zona del Báltico), es aún muy pro occidental si la comparamos con la retórica populista del «Movimiento para la Paz» y su Comité Cooperativo para la Paz y la Seguridad (fundado en 1974). Fue un apéndice de la «Conferencia de Paz» de Moscú y nunca ha negado sus raíces, pero al menos dos cosas parecen claras. Por una parte hay una serie de miembros y partidarios de este grupo que proviene de los movimientos revolucionarios de los años setenta, incluyendo al «grupo de Copenhague de Revuelta desde el centro», varios grupos antinucleares y un número considerable de escritores prominentes, periodistas y otros intelectuales, no todos ellos considerados normalmente de extrema izquierda. Por otra parte, existen ejemplos evidentes de organizaciones comunistas o compañeras de viaje en el frente popular, algo que no parece haber causado la menor preocupación. La respuesta habitual a la pregunta de si no es siquiera mínimamente peligroso colaborar en cuestión tan importante con fuerzas que son conocidamente opuestas a la democracia política y la libertad es: «No podemos permitirnos prejuicios tan trasnochados...»

En términos generales, la polémica so-

bre política de defensa y política exterior en Dinamarca y Noruega está adulterada por la negativa de aquellos que se oponen a los gastos de defensa —o a la OTAN en general— a especificar sus planes alternativos. Rechazan la idea de que esté «amenazada» la seguridad danesa (si no es por los temerarios americanos); pero uno de sus argumentos contra una mayor defensa es que ello «provocaría» a los rusos. Otra línea de debate es que, puesto que la guerra es absolutamente mala y la resistencia a la agresión, por consiguiente, inmoral, y dado que actualmente cualquier guerra se convertiría en un holocausto nuclear en el que la pequeña Dinamarca no podría o debería tomar parte, los esfuerzos defensivos son una pérdida de dinero y podrían emplearse con más provecho en el Tercer Mundo. Los intentos por demostrar el auténtico valor disuasorio de la defensa convencional en Europa son rechazados como ilusiones ingenuas, un apoyo insensato a la «belicoidad» de los generales de la OTAN y su deleite en la «ferretería». Esta línea es la que propone el diario de mayor circulación, *Ekstra Bladet*, un periódico de izquierdas populista que dice estar de parte del «hombre insignificante» frente al sistema, pero que pide un total rechazo de todo lo que huelga a cooperación o solidaridad internacionales (OTAN o Mercado Común, etc.).

El «Movimiento para la Paz» nórdico en los dos países de la OTAN es, a mi parecer, sin duda la amenaza más apremiante a nuestra seguridad externa y nuestra paz política interna. Se ha desarrollado con increíble celeridad en los dos últimos años y ha conseguido —por la debilidad, temor o estupidez, o pura apatía del Gobierno y sus portavoces— monopolizar la «moralidad» en el debate sobre la política de seguridad. Todo lo que se oponga al unilateralismo del «Movimiento para la Paz» (con su creencia en que es Norteamérica la que amenaza la paz, al provocar a los soviéticos con enorme y nuevo armamento) es «aficionado a la guerra», «mccarthysta» o partidario servil de «los generales de la OTAN». El movimiento dispone, en apariencia, de fondos ilimitados, y a pesar de que recibe sin duda cuantiosas apor-

taciones de partidarios bien intencionados y con frecuencia ricos de Dinamarca y Noruega, yo no soy el único en pensar que gran parte del dinero procede de la Unión Soviética por vía de diversos canales de Europa occidental<sup>3</sup>. Los rusos estarían transgrediendo su deber bolchevique si no hicieran lo posible para obtener ayuda para estos grupos que *avanzan*.

Escandinavia ha sido conocida en el último par de siglos por su pacifismo y su neutralismo, «dinamarquización». Nuevamente es Suecia la excepción. Cuando el primer ministro Olof Palme comparara a Nixon con Hitler (en ocasión de los bombardeos sobre Hanoi en las Navidades de 1972), Suecia no ha permitido nunca que el radicalismo en política exterior afecte a la defensa interior; y la contribución a la defensa *per capita* (455 dólares en 1981) es superior a la del resto de los países de la OTAN, incluidos los Estados Unidos. Para Noruega, sin embargo, el pacifismo es algo nuevo<sup>4</sup>.

Aparte de la defensa, el mayor problema a que se enfrenta Escandinavia es sin duda el crecimiento del sector público y las consecuencias de lo que he denomina-

do mentalidad «terapéutica». En Dinamarca se calculó que hacia 1980, 1,9 millones de personas recibían parte o la totalidad de sus ingresos del sector público, bien como funcionarios, bien como destinatarios de ayuda. Sólo 1,7 millones estaban trabajando con pleno empleo en el sector privado, que proporcionaba los ingresos para pagar a los anteriores. Aunque ha habido ruidosas protestas de «reducciones» y «cortes», éstos han sido hasta el momento simple ficción; no ha habido reducción en el número de empleados públicos, del Estado, la provincia y el municipio, cuya cantidad ha continuado aumentando a razón de 12.000 por año.

¿No debieran los socialdemócratas reconocer en esto un peligro mortal para la «economía mixta», en la que la mayoría aún cree? En Dinamarca al menos, los indicios son hasta el momento pocos y distanciados, pero existen. El ministro de Servicios Sociales, Ritt Bjerregaard (patrocinador del plan de educación igualitario y colectivista *U-90* y conocido desde hace ya mucho tiempo por su firme creencia en la necesidad de «transformar» la sociedad y en última instancia «abolir el capitalismo privado»), ha admitido el manifiesto colapso de un sistema que no estaba, sencillamente, pensado para tratar todos los problemas que hoy se espera que resuelva. Por ejemplo, la ley de asistencia pública de 1976 (que sustituía un laberinto de leyes más antiguas que a su vez habían oscurecido la elegante simplicidad de la reforma de Steincke de los años treinta) declara que si una persona sufre un súbito descenso de sus ingresos, él o ella no deben sufrir indebidamente un ~~consecuente~~ descenso en su nivel de vida. Como resultado, grandes cantidades de personas —aquellos que han percibido un descenso en sus ingresos o cuyas mujeres han perdido su trabajo de media jornada— han solicitado de los funcionarios de servicios sociales ayuda para pagar hipotecas, facturas de electricidad o teléfono, alquileres y cosas de este estilo. Muchos municipios se están arruinando mientras otros, con una mejor base fiscal, han estado pagando copiosamente. El panorama hoy día es de caos completo; una diferencia de unos cuantos metros en el lugar de residencia puede significar una

<sup>3</sup> Esta creencia se convirtió en certeza cuando (en noviembre de 1981) el gobierno danés expulsó a un diplomático soviético y agente de la KGB al descubrirse que canalizaba fondos al Comité Cooperativo e intentaba en general influir sobre los creadores de opinión daneses. Uno de éstos era el escritor Ane Hørlsv Petersen, acusado ahora de espionaje. Se trata del primer intelectual occidental (en esta vuelta) en ser acusado oficialmente de colaborar y trabajar para los rusos, y su caso excede, por tanto, el interés local. Fue irónico —y desafortunado para los *soviets*— que estas revelaciones se dieran a conocer en el momento preciso en que un submarino soviético encallara en aguas territoriales suecas mientras espiaba en la base naval de Karlskrona.

<sup>4</sup> Un estudio de reciente publicación —*Atomstrategi*, de John Berg (Dryes, Oslo, 1981)— ha documentado la impresionante ignorancia y tergiversación de datos de los defensores de «Paz», algunos de ellos conocidos personajes del mundo académico y altos funcionarios, así como el extraordinario descenso en el nivel de discusión, muy por debajo del que aceptarían en su propia especialidad de trabajo.

diferencia de miles de *Kroner* en lo que se recibe de los servicios de la localidad.

El trabajador social manda, y esto importa. La mayor parte de ellos comparten los valores «progresistas y semimarxistas» de la cultura dominante de los medios de comunicación y están, naturalmente, interesados en enseñar al «cliente» sus propias convicciones sobre la «estructura de la sociedad» y sus remedios para los males de ésta. Hemos presenciado una consistente y penetrante indoctrinación de un crecido número de personas, mediante el negociado de servicios sociales; el cliente se encuentra invariablemente en una posición vulnerable y humillante, porque los beneficios que recibe dependen de la buena voluntad y las creencias del trabajador social. Existe una patente y alarmante tendencia que se separa de un trato igualitario, principio fundamental de cualquier regla legal; pero hasta ahora el poder de la gran burocracia de servicios sociales ha impedido el debate abierto y honrado de este problema.

Unas cuantas palabras finales sobre la respuesta pública a estos indicios de incertidumbre y crisis.

En Suecia los socialdemócratas salieron del poder en 1976 por primera vez en cuarenta y cuatro años; pero los gobiernos que se han sucedido desde entonces no han hecho nada por cambiar la dirección de la política heredada del régimen de Olof Palme. En efecto, hay más industrias nacionalizadas hoy que entonces y las restricciones sobre la conducta privada —en el consumo de alcohol, por ejemplo— son incluso mayores. El consenso burocrático persiste.

En Noruega, por otra parte, la victoria conservadora de septiembre de 1981 puede anunciar un auténtico cambio que se aleje del aumento del sector público y la mentalidad terapéutica. A diferencia de Suecia, Noruega tiene un partido conservador que no teme a sus propios principios y valores. Hábil campaña electoral y años de preparación le hicieron socialmente respetable e incluso hicieron deseable pertenecer a él y votar al *Høyre* (la derecha) y su dirigente (el nuevo primer ministro, Kaare Willoch). Es concebible que en este caso particular, un gobierno democrático escandinavo de nueva

elección haga en efecto algo por romper con los modelos del pasado<sup>5</sup>.

Pues la crisis de la «vía media» y el modelo escandinavo es una crisis auténtica, de expectativas y actuación económica, de confianza en la «economía mixta», de confianza en la OTAN, en la justificación de la seguridad de Europa occidental y en la libertad en general. En este momento, los partidos políticos casi sin excepción —siendo la principal los conservadores noruegos— van a la deriva en un mar que no conocen y sin pilotos ni brújulas fiables. Los socialdemócratas, administrando mal un vasto sector público mediante el déficit financiero, han olvidado su compromiso originario con la libertad de los ciudadanos y el Occidente libre; recuerdan solamente el antiguo miedo ideológico al «individuo fuerte» y la necesidad de igualitarismo para acallar todo agravio personal. Pero, sin embargo, no todas las protestas han sido acalladas; y nuestra tradicional cortesía y tolerancia entre grupos sociales, partidos políticos e individuos —por las que Escandinavia era justificadamente famosa— han decaído notablemente. Una *intelUgentsia* radical se ha hecho con las universidades; y, armada con un tendencioso anticientifismo, amenaza también con minar la educación secundaria (se dice a los alumnos que estudiar ciencias naturales no es sólo difícil, sino también «venderse a la burguesía»). Recientemente una reunión de personal docente (y de otros tipos) femenino de las universidades danesas ha exigido «paridad sexual» en todas las funciones, a conseguirse mediante la expulsión de hombres y contratación de mujeres de modo

<sup>5</sup> Las elecciones danesas de diciembre de 1981 fueron indecisas y, mientras escribo, todavía no se ha formado gobierno. El centro-derecha hizo avances, pero no lo bastante para formar mayoría, aunque es posible que surja un gobierno basado en estos partidos con apoyo parcial de los liberal-radicales (que quedaron debilitados en la elección y probablemente no se atreven a arriesgarse a ser causa de otra).

Si se forma un gobierno de centro-derecha, los tres mayores países escandinavos tendrán una dirección democrática no socialista por primera vez desde 1935. Hasta ahora, sin embargo, sólo Noruega parece tomar en serio este cambio de pauta.

preferencial. Un serio agravio contra los nombres era que éstos poseían una idea estúpida de lo que era el «conocimiento objetivo» y una tendencia, como científicos, a trabajar en exceso; todo ello era denunciado como «desagradable» e «injusto».

Nuestra *intelligentsia* radical ha traicionado, creo yo, asimismo, su propia y más esencial función como conciencia crítica en su obstinada negativa a reconocer o hablar de Solzhenitsyn, los *nouveaux philosophes* o cualquier otro representante del nuevo antitotalitarismo del mundo occidental. El equiparar a USA y la URSS es todavía popular incluso entre daneses de educación superior. En efecto, las encuestas muestran que la oposición a la OTAN y la desconfianza de los Estados Unidos es máxima entre los que tienen un título universitario y son menores de treinta y cinco años (es decir, los futuros dirigentes del país). Mucho se habla de nuestro querido mito de resistencia danesa durante la ocupación alemana; pero cualquier mención del hecho de que la ocupación por parte de una tiranía extranjera constituye todavía una amenaza y de que la siguiente ocupación sería inevitablemente aún más despiadada que la primera, es rechazada por alarmista, idiota y simplista. Sofisticados politólogos, que están lejos de ser marxistas, os dirán que toda idea de que un sistema político es «mejor» que otro es ridícula, que los americanos están tan «dominados» por su sistema como los rusos y que nada hay que merezca luchar por ello. Son escasos los auténticos debates sobre política exterior o la situación mundial y estas cuestiones las discuten generalmente en la televisión, la radio o la prensa personas que están ya de acuerdo en lo básico, generalmente el recelo de la OTAN y de Norteamérica y la convicción de que si nos dedicáramos a ayudar al Tercer Mundo y nos olvidáramos de «confrontaciones trasnochadas» todo iría bien. En educación existen indicios de resistencia al conformismo igualitario y el colectivismo; pero las fuerzas de oposición, tengo que admitir, están esparcidas y son débiles, y necesitan de tiempo para unirse y ordenar sus argumentos.

Las naciones escandinavas, por tanto,

se encuentran hoy día en un período de incertidumbre y de engaño parcialmente autoinducido. La gente está descontenta e inquieta, no porque la crisis económica haya verdaderamente tenido efectos serios que las «redes de seguridad», no puedan resolver, sino porque durante años se le ha dicho que sus vidas son profundamente infelices, que sufren de una «falsa conciencia» y que lo que hace falta es una renovación mediante una transformación general de naturaleza por lo demás no especificada. El éxito popular de *Revolución desde el centro* demostró que la gente ansiaba ideas y visiones, incluso tan paupérrimas como las que se ofrecían en este libro patético. Algunos intentos más serios en torno a una filosofía política no totalitaria o antihumanista (como los cuatro libros de Per Stig Møller sobre el marxismo, el conservadurismo y la democracia) han tenido escaso efecto. Las generaciones literarias de los que se encuentran mediados los cuarenta años, las voces prominentes de las artes, apoyan uniformemente los lugares comunes «progresistas» y críticos de hace diez (y cincuenta) años<sup>6</sup>. Los indicios de un nuevo y auténtico pensamiento y los intentos sinceros de recrear un consenso democrático (o incluso «socialdemócrata») sobre una base libre e individual, «no colectivizada», encuentran dificultades.

Pero basta de tristeza y fatalismo invernales nórdicos. Es mi personal convicción que los signos de auténtica renovación existen y crecen. Hay una difusa impaciencia creada por la arrogancia burocrática y el radicalismo ideologizado que sólo precisa articulación. (Que parece, en efecto, haber encontrado en Noruega no sólo en las recientes elecciones, sino también en la polémica cada vez mayor en torno a *Kontinent Skandinavia*, una revista antitotalitaria editada por Tore Stuberud.) Incluso en Suecia, país donde la disidencia pública raramente se expresa y generalmente se sublima, existe un mo-

---

<sup>6</sup> Una excepción notable es Henrik Stangerup, cuya expresiva novela *El hombre que quería ser culpable* (Marión Boyars, 1981) puede entenderse como comentario irónico —y desgraciadamente profético— de la *malaise* escandinava que he descrito.

vimiento disidente en pro de una «educación humanística» que incluye partidarios tan improbables como Jan Myrdal (hijo de Gunnar Myrdal y maoísta). En Dinamarca, donde nunca se toman muy en serio las ideologías políticas, se está extendiendo una tosca comprensión de que «ya basta»: hay que reducir el sector público; ha de hallarse un nuevo compromiso o contrato social entre los diversos intereses sociales y políticos; los criterios culturales y educativos no deben nivelarse y degradarse (especialmente en un país que confía en la inteligencia y el ingenio

de sus habitantes a falta de recursos naturales).

Escandinavia parece esperar a Fortinbrás... Sus ideales están agotados y olvidados, desaparecidas las viejas certezas. No se encuentra consuelo en el pasado y las modernas ideologías se han convertido (en palabras de Orwell) en «pequeñas ortodoxias malolientes». ¿Llegará Fortinbrás, aceptará la gente una sumisión histórica a la dominación totalitaria desde el exterior, desde el interior? Yo continúo dudándolo. En ocasiones me resulta difícil encontrar motivos para mis dudas.